

LOS
CINCO
BESOS
DE LA
LUNA

MIRIAM
MOSQUERA

FAERIS

REINO DE RIEVA





Taika

Creador



Ikaroa



Diosa de la noche, el invierno y la muerte



Ninfe



Diosa de la naturaleza
y los animales



Mekros



Diosa de las aguas

Hashkin



Dios del día, el verano y la vida



Shaa



Dios del fuego



Katana



Diosa del sexo y la fertilidad

Imnón



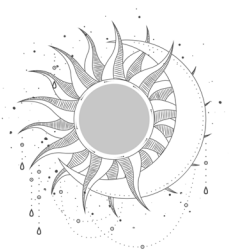
Dios del viento



Cyx



Dios del trueno y
las tormentas



Prólogo

El oráculo del templo de Zawa estaba al descubierto, por lo que el único techo que lo cubría era la bóveda de la noche. Los rayos de luz de luna lo acariciaban todo con su plata y atravesaban las vidrieras que decoraban los altos muros, haciendo que sobre el azul oscuro del cristal brillaran las constelaciones de Idriel, diosa de las estrellas y protectora del templo. A lo lejos se oía el sonido de las olas golpeando los acantilados sobre los que se alzaba el edificio, una perla de mármol blanco que parecía vigilar desde lo alto la inmensidad del océano.

—En el principio de los tiempos —leyó Danessa en voz baja— Taika, nuestro todopoderoso creador, se arrancó el corazón.

La joven estaba arrodillada frente al círculo del oráculo, leyendo el Libro de los Dioses. Su rostro estaba cubierto con el daceo, el finísimo velo de color blanco que las sirvientas de la noche estaban obligadas a vestir. Por suerte aún era verano y, aunque el norte era más frío que el sur, no necesitaba un abrigo que protegiera su piel de las garras congeladas de la madrugada.

—Del trozo izquierdo del corazón de Taika nació Hashkin, el dios del día, la vida y el verano —continuó—; del derecho, la diosa de la noche, la muerte y el invierno, nuestra Divina Madre Ika-

roa. De las gotas de sangre restantes nacieron los dioses menores, como Ninfe, Mekros o Idriel.

Las antorchas de las paredes iluminaban las altas columnas del oráculo, los mosaicos dorados del suelo, las esculturas de los dioses que vigilaban la estancia. El agua del augar, el pozo sagrado en el que se realizaban los rituales, estaba tan tranquila que parecía la superficie de un espejo, uno en el que ni la luna ni las estrellas podían evitar mirarse.

—Hashkin e Ikaroa se enamoraron y, juntos, crearon nuestro mundo —siguió Danessa—. Sol y luna, verano e invierno, norte y sur..., todo tenía un equilibrio perfecto porque estaba hecho desde el amor más puro y poderoso, un amor que podría haber sido infinito como la eternidad; pero entonces llegó la traición, y el universo entero se dividió en dos.

Danessa se estremeció, y la tristeza que compartía con su diosa se le atascó en la garganta. Todos los habitantes de Rieva guardaban dentro el dolor de Ikaroa, sintiéndolo como si fuera suyo. Habían nacido de su llanto, así que el odio hacia el reino de Ilta y sus dioses les corría por las venas.

Guardó unos instantes de silencio ceremonial, recreándose en la pena que acompañaba a los norteños, y después dejó el Libro de los Dioses a un lado. Los pasos de aquel ritual siempre eran los mismos, por lo que sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

—Yo, sacerdotisa de la noche, juro servir a la diosa Ikaroa hasta el final de mis días —recitó—. Como sierva de la Madre Creadora, juro entregarle mi cuerpo y mi alma, convertir los ecos de su voluntad en mis pasos, hacer suyos mi corazón y mi vida. Yo, sacerdotisa de la noche, juro permanecer pura, esconder mi rostro y no romper estos votos jamás.

Danessa observó la calma del augar, y después cogió el cuchillo que había dejado a su derecha. Como era una voz, su labor en el templo era la de comunicarse con los dioses, la de interpretar la lengua celeste con la que estos les mandaban mensajes. Lo había hecho cientos de veces, pero, a pesar de su experiencia, seguía sin-

tiéndose pequeña e insignificante ante la inmensidad de Ikaroa y su panteón de lunas.

Ignorando las dudas que se le clavaban dentro como cristales, se besó los dedos índice y medio de la mano derecha y después los colocó sobre su corazón. Podía notar los latidos acelerados, las tensas subidas y bajadas de su pecho.

—Yo, sacerdotisa de la noche —dijo—, le entrego mi sangre a la Madre como símbolo de mi servidumbre, de mi compromiso contra la lucha del dios traidor y de todos sus súbditos. Que la ira de la Luna caiga sobre él.

Sujetó el cuchillo con fuerza y, sin pensarlo, se cortó la palma izquierda. La sangre no tardó en teñirle la piel de rojo, y ella, ignorando el dolor, se puso en pie. Extendió la mano sobre el augar y dejó caer en el agua las gotas de rubíes líquidos que goteaban de la herida.

—*Nai* —susurró, usando esa vez la lengua celeste—. *Atende á miña mensaxe.*

El agua del augar permaneció tranquila, aún dormida, y Danessa esperó. Enseguida comenzaría a moverse, como las olas del mar, y Danessa escucharía la voz de Ikaroa, o quizá la de Idriel, protectora del templo. Los dioses nunca, jamás, los habían abandonado.

Sin embargo, el tiempo pasó y el augar permaneció en calma, sin vida, convertido de pronto en un pozo que nada tenía de sagrado. Danessa no sintió la presencia de los dioses en el oráculo, y el silencio fue haciéndose cada vez más pesado. ¿Dónde se habían metido? ¿Por qué no respondían? ¿Había hecho algo mal?

La inquietud y el arrepentimiento estaban empezando a envenenarla por dentro, enquistándole las entrañas, cuando alguien la llamó:

—Dany.

La voz de Vera, la superiora del templo, hizo que la sacerdotisa se sobresaltara.

—Superiora —respondió, inclinando la cabeza.

estrellas. Aunque lo que lloraban parecía lluvia, esta no solía ser tan delicada, ni tan fría ni se derretía al contacto con su piel.

—Nieve —musitó—. No puede ser.

No, no podía estar nevando en Zawa, no en pleno verano. Observó sus manos, hipnotizada por la mágica belleza de la nieve, y justo en ese momento el agua del pozo comenzó a moverse. Tanto ella como Vera la observaron con inquietud y, cuando el suelo bajo sus pies tembló, contuvieron el aliento.

—¿Qué es eso? —preguntó la sacerdotisa—. ¿Un terremoto?

—Dany, tenemos que salir de aquí. ¡Ya!

La tierra rugió, como una bestia furiosa, y ambas comenzaron a correr hacia la salida. Sin embargo, no pudieron alcanzarla. A los pocos pasos, Vera gritó y cayó de rodillas, como si una flecha invisible le hubiera atravesado el corazón.

—¡Superiora!

Con el miedo estrujándole el estómago, Danessa se agachó junto a ella. Vera se llevó las manos al pecho, de pronto sumida en un dolor insoportable. Le costaba mucho respirar, y Danessa no pudo hacer otra cosa que apartarle el daceo. Las lúares eran las únicas que tenían permitido ver el rostro de sus compañeras, y conocía el de Vera a la perfección. Era dulce, de formas redondeadas y cálidos ojos marrones, pero lo que encontró en él fue un rictus de terror.

—Vera —susurró Danessa. Las manos le temblaban por culpa del miedo, del frío repentino que había traído la nieve, pero, aun así, se forzó a hablar, a intentar ayudarla—. Tenemos que salir de aquí.

La tierra tembló de nuevo y la superiora volvió a gritar, clavándose las uñas en el pecho.

—Vera, por favor.

Las lúares de Zawa llegaron corriendo al oráculo justo cuando comenzó a nevar con más fuerza. Todas parecían asustadas, recién levantadas. La mayoría de ellas ni siquiera tenía puesto el daceo, y el pelo se les llenó enseguida de aquellos inesperados copos

había metido ese sureño en la cabeza? ¿Cómo había podido manipularla así? Siempre la había creído más fuerte, más lista.

—Así que todas tus creencias se tambalean por haberte dado cuatro o cinco besos con un traidor —le dijo—. Qué decepción.

—A los cinco besos yo ya sabía que le amaba. Te aseguro que no hay nada más poderoso que un sentimiento como ese, Dany. Ojalá algún día lo descubras.

Ikaroa salió de la mente de la sacerdotisa y le soltó la muñeca. Ella, aunque liberada, se sintió repentinamente incompleta, como si le hubieran arrancado algo, como si siempre fuera a echar de menos el suave tacto de la diosa acariciándola por dentro.

Quiso explicarle a Ikaroa lo que acababa de ver, pero, antes de que pudiera abrir la boca, la diosa cogió aire y gritó. El sonido que salió de entre sus labios ensordeció a las lúares, que se vieron obligadas a taparse los oídos. No era un grito humano, sino uno hecho con el dolor de la noche, un grito que sonaba a castigo, a sangre, a muerte; un grito que resquebrajó las paredes del templo de Zawa y enfureció aún más al océano.

«Cinco besos», dijo la diosa. A pesar de que el cuerpo de Vera seguía gritando, ahogándose en un lamento desgarrador, la voz de Ikaroa llegó a todos los rincones del mundo. «Cinco besos y el frío del invierno».

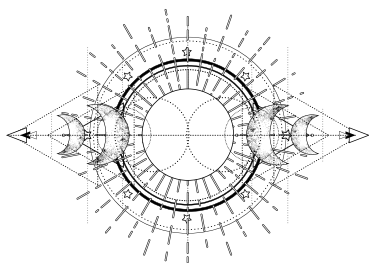
Una poderosa luz estalló en la sala del oráculo, y Danessa sintió un frío intenso desgarrándola por dentro. El dolor la paralizó y, cegada por el brillo que emitía la diosa, cayó de rodillas al suelo. Se retorció, incapaz de hacerle frente al hielo que le estrujaba el corazón, y después se desplomó. Las lúares, indefensas, lo hicieron tras ella. Primero cayó Ardrea, después Hissa, después Mitra. Los habitantes del norte también lo hicieron, y los del sur, y los del continente entero. Todos sintieron en su cuerpo el dolor de Ikaroa, la traición de Évolet, el frío de la nieve que lloraba la noche.

«Cinco besos —repitió la diosa—. Cinco besos necesitaron para enamorarse, y cinco besos necesitaréis para morir».

Y, así, Ikaroa maldijo a la humanidad para siempre.

Parte 1

Cinco besos



Templo de Zawa
Segundo día de la décima lunación
Ciclo de oscuridad 1167

Querido diario:

Ha llegado el momento de retomar el estudio de la lengua celeste. Tal y como hacía cuando era niña, te escribiré todos los días en el idioma de los dioses con la esperanza de que eso me ayude a perfeccionarlo y, así, mejorar en mis labores como voz. Además, al escribir en una lengua que la mayoría de las sacerdotisas no entienden, podré confiarte mis secretos. Solo Dany y yo podemos entenderla, así que, aunque Híssa vuelva a robarme el diario (sí, aún le guardo rencor por ello), no comprenderá lo que pone. Es buena idea, ¿verdad?

¿Por dónde puedo empezar? Bueno, ya lo sé.

La última quincena ha sido una locura. Se acerca el equinoccio y, aunque la llegada de las estaciones de la Madre es motivo de celebración en Rieva, para las lúas significa trabajo. Hace dos días encontré a la pobre Ardeara en la cocina, apoyada sobre la mesa y con el daceo lleno de harina. ¡Se había quedado dormida mientras amasaba el pan para la ofrenda de la mañana! Con los preparativos de los rituales, casi no tenemos tiempo para descansar. Aún nos queda terminar la recolección y la vendimia, sellar las vasijas de la despensa, revisar los tejados para que aguanten las nevadas venideras. . .

Sé que mucha gente se pregunta si todo esto merece la pena, si la recompensa de entregarle nuestra vida a Ikaroa está a la altura del esfuerzo, y a todos les respondería que sí. No lo cambiaría por nada. Somos nosotras quienes les damos a los dioses las fuerzas que necesitan para seguir luchando contra Hashkin y su panteón de soles, quienes mantenemos viva la fe de los norteros en medio del caos de la guerra. ¿No es una labor preciosa?

Hace mucho tiempo soñaba con vivir aventuras, con conocer el mundo más allá de estos muros, pero, ahora, mis aspiraciones son muy distintas. Sé que tanto mis padres como los dioses quieren que me convierta en la próxima suma sacerdotisa, y me estoy esforzando al máximo para cumplir sus deseos. Confían en mí, y no puedo fallarles. A veces incluso me detengo a imaginar cómo será el momento en el que tenga que bendecir a las tropas del norte, convirtiéndome en el símbolo vivo de su esperanza, y sonrío sin darme cuenta.

Sé que me dolería dejar Zawa para trasladarme a Jata, pero creo que aprendería a desenvolverme en la capital. Dicen que el Gran Templo lo construyó la mismísima Ikaroa, y que las calles de la ciudad están llenas de peregrinos que recorren el país a pie solo para rendirle homenaje a la Madre. Ardrea dice que los malabaristas y acróbatas que actúan en la corte son los mejores de todo el norte, y que el rey Elber les paga ingentes cantidades de argaleos por entretener sus fiestas. Al parecer, la princesa Velaira los adora, y eso despierta mi curiosidad.

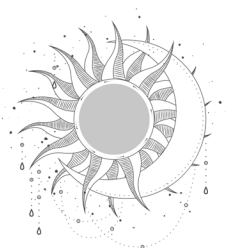
En fin, voy a despedirme ya porque, si vuelvo a llegar tarde a la ofrenda de la tarde, a Dany le dará un ataque.

¡Nos leemos mañana! (espero)

Évolet

Ah, una última cosa. Las tropas de Rieva han vencido a las de Iltá en Assys, ¿no sabes lo contentas que estamos! Nuestra flota es superior a la del sur, pero estoy segura de que la victoria ha sido gracias a Mekros, la diosa de las aguas, que está de nuestro lado. Nuestros dioses siempre nos protegen.

Mitra me ha contado que desde los acantilados se pueden ver los trozos de barcos sureños que están llegando a la playa. Quizá baje a verlos cuando todas estén durmiendo. Nunca he visto un barco de cerca, y no creo que ocurra nada malo por echar un vistazo, ¿no?



1

115 ciclos de oscuridad después...

Para mí, la muerte estaba relacionada con el hielo. Los enfermos que llegaban a nuestro pequeño hospital siempre tenían el pecho congelado. Con cada beso que regalaban, el frío se les extendía por el cuerpo y les iba grabando en la piel sus vetas de cristal. Daba igual que fuera un beso romántico, uno familiar, el mero roce de unos labios curiosos; todos estaban malditos.

El primero dolía poco, y hasta se había convertido en un símbolo de rebeldía; el segundo ya empezaba a dificultarles la respiración. Con el tercero los temblores se volvían insoportables, tanto que ni siquiera el fuego conseguía calmarlos. El cuarto era el peor porque el hielo ya te había llegado a los huesos y empezaban los delirios.

El quinto beso significaba la muerte.

—¡Esto es un desastre! —exclamó mi tía Uxa, limpiándose el sudor de la frente con un paño—. No damos abasto.

—Haremos lo que podamos —le respondió mi tía Fai—. Como siempre.

La habitación a la que llamábamos «hospital» se estaba quedando pequeña. En el aire flotaba el olor a sangre, a hierbas aro-

máticas, los gritos y quejas de los pacientes. Normalmente solo acudían a nosotras los enfermos de la maldición, algún niño que se había roto un hueso o los aldeanos que caían ante la fiebre invernal, así que nunca habíamos tenido juntos a más de diez pacientes. Aquella mañana teníamos treinta y dos.

Observé a mis tías con preocupación y me pregunté cuánto tiempo llevarían sin dormir. Uxa era la más anciana, y las arrugas de su rostro me recordaban a la corteza de un roble. Su pelo, siempre recogido bajo la tela de un paño negro, era del mismo color que la nieve; sus ojos, del de las hojas que nacían en primavera. Fai, algo más joven y enérgica, los tenía del color de las castañas. De rostro redondo y manos suaves, la magia ancestral que le corría por las venas se reflejaba en los deliciosos platos que preparaba.

—Haremos más de lo que podamos —le dijo Uxa—. Las tropas de Silas no van a detenerse, así que nosotras tampoco lo haremos.

En cuanto escuché el nombre del rey de Ilta, todo mi cuerpo se puso en tensión. Aunque llevábamos en guerra desde que los dioses nos habían creado, hacía solo seis días que sus tropas habían conquistado Daris, la ciudad más cercana al bosque de Valoa y, por tanto, a Jata, la capital. Los pocos supervivientes, heridos y desesperados, se habían cobijado tras las protecciones mágicas del bosque para buscar la sabiduría de las meigas. Por eso, por primera vez en mucho tiempo, nuestro pequeño hospital estaba lleno.

—Navia —dijo Bibas, sacándome de mis pensamientos. Me puso un tarrito de cristal en cada mano y después señaló con la cabeza a un anciano al que habían tumbado bocabajo en una camilla improvisada—. Atiéndele. Llegó anoche junto a los supervivientes de Daris.

Aunque todas eran meigas centenarias, tan antiguas que incluso habían vivido la época anterior a la maldición, Bibas era la más joven. Además de ser la que daba mejores abrazos, también podía hacer que crecieran las plantas hasta en la tierra congelada del bosque. Desde que Ikaroa nos había lanzado su maldición ha-



cía ciento quince ciclos de oscuridad, los inviernos eran más crudos, y las primaveras, más cortas, así que al dolor de la guerra se le habían sumado el del hambre y el frío. Sin embargo, mientras que los habitantes de Rieva tenían que luchar contra las inclemencias del tiempo para poder sobrevivir, a mi tía Bibas le bastaba con cantar una canción para que en nuestro huerto crecieran zanahorias, tomates, cebollas y trigo. Siempre llevaba hojas enredadas entre los rizos y restos de tierra en las uñas, pero sus ungüentos eran tan poderosos que habían salvado a más de un herido de las garras de la muerte.

Observé los dos tarros de cristal, temerosa de que se me cayeran al suelo, y Bibas añadió:

—El morado es para que se lo echas en la herida de la pierna, el azul para que se lo tome.

Continué observando los dos botes, intentando diferenciar su contenido. Por alguna razón que no comprendía, no era capaz de ver los colores. Para mí, el mundo estaba hecho de blancos, negros y grises, los únicos tonos que era capaz de distinguir, y nada podía cambiarlo. Mis tías habían intentado curarme de todas las formas posibles, pero no lo habían conseguido. Con el paso del tiempo había aprendido que para describir el azul tenía que hablar del «color del cielo», o que para referirme al naranja tenía que decir: «El color del fuego», pero era consciente de que el mundo que yo percibía era muy distinto al de los demás. Había sabido adaptarme, aunque eso hacía que mis tías olvidaran con facilidad lo que me ocurría.

—Perdona, Navia —me dijo Bibas, al ver que dudaba, mientras me cogía la mano derecha con cariño—. Este es el azul. Es un poco más líquido, ¿lo ves? Es un tranquilizante que le ayudará a dormir, así que tiene que bebérselo. El otro se lo aplicas directamente en la herida.

—Gracias, tía.

—Ayuda al anciano, anda. Yo voy a ver qué le ocurre al bebé de Yessa. Lleva sin comer desde ayer.

Sujeté con fuerza los pequeños tarros de cristal y, sin decir nada más, me acerqué hasta el paciente. Estaba cansada, mucho, pero no podía detenerme. Los enfermos nos necesitaban, y eso era lo único que importaba.

—Hola —le dije al anciano cuando me agaché a su lado—. ¿Me dices tu nombre?

El hombre giró la cabeza y me miró como si fuera una diosa que se había aparecido ante él. Eso era siempre lo peor: la esperanza. La mayoría de los enfermos, ya fuera por la maldición o por la guerra, llegaban hasta nosotras con la seguridad de que no iban a morir. Para eso se adentraban en Valoa, ¿no? Para que las meigas los curaran. Era muy doloroso saber que eso no siempre estaba en nuestras manos.

—Brais —musitó. Estaba sudando y tenía la mirada empañada por el dolor—. Me llamo Brais.

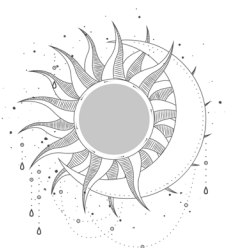
—Encantada, Brais. Yo soy Navia. Estoy aquí para ayudarte, ¿vale? Tómate esto.

Le entregué el tarro de cristal con la sustancia líquida y él, aún tumbado bocabajo, se lo bebió. Mientras, abrí el otro tarro y observé su pierna herida. La tela del pantalón estaba cortada por la mitad, así que enseguida vi el corte infectado que tenía en la parte trasera del muslo. Una sustancia blancuzca y viscosa parecía estar comiéndose la carne del hombre, desgarrándosela poco a poco con unos dientes invisibles y letales. Era hanax, el veneno caníbal.

La rabia me estalló en el estómago y tuve que maldecir al rey Silas por lo bajo. Los sureños eran conocidos por la enorme cantidad de venenos que los brujos de la Orden de los Envenenadores sabían elaborar; nosotros, por ser sus víctimas preferidas. El hanax era uno de los más comunes, pero no era ni de lejos el peor.

—¿Cuándo te infectaron exactamente? —le pregunté.

—Hace cuatro días. Los supervivientes del ataque a Daris quisimos huir a Xilo, pero los soldados nos encontraron en el camino. Fuimos pocos los que conseguimos escapar con vida. Al ver que estábamos infectados, vinimos directos al bosque.



2

Las llamas crepitaban en el centro de la lareira, la enorme chimenea de piedra que hacía esquina en la cocina y en la que calentábamos la comida. Aunque el humo subía por la campana para salir al exterior, dejando restos de hollín en las columnas que la sostenían, la estancia entera olía a hogar.

Habíamos vuelto a casa hacía un buen rato, y la noche ya amenazaba al día con su oscuridad. Aún estaba nevando y las garras afiladas del frío arañaban los muros de la casa, pero el fuego mantenía la estancia caliente, ajena a la tormenta del exterior.

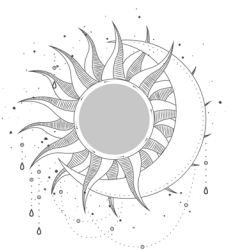
Mientras mi tía Fai removía el contenido del caldero, que colgaba de una cadena sobre el fuego, Liara, mi mejor amiga, estaba sentada a mi lado, cubriéndome la herida del rostro con un emplasto que hacía que me lloraran los ojos.

—¿Necesitas que te ayude? —le preguntó mi tía.

—No te preocupes —le respondió ella—. Navia es una buena paciente.

A pesar de que Liara era una sacerdotisa y solo podía mostrarles el rostro a sus compañeras del templo, con nosotras se permitía la libertad no solo de retirarse el daceo, sino también de tocarnos. No era lo común, ya que las superiores podrían considerar que estaba rompiendo sus votos e incluso expulsarla, obligándola a vivir





4

En nuestra huida repentina nos acompañaron la oscuridad y el frío. Los cascos de Seiva, nuestra yegua, rompían la tranquilidad del bosque. Su respiración llenaba de vaho el aire gélido de la noche; sus fuertes patas marcaban nuestro camino sobre la nieve.

—Ya llegamos —le dije—. Vamos, pequeña, no nos queda nada.

Gigi iba escondido en mi zurrón, resguardado de los arañazos del invierno. De vez en cuando le notaba moverse, y me pregunté si estaría tan asustado como yo. ¿Y si alguien nos descubría? ¿Y si liberar a las criaturas de la noche no era tan fácil como pensaba?

Antes de lo que esperaba, el bosque de Valoa comenzó a difuminarse. La espesura de los árboles que me habían protegido desde niña fue desapareciendo, y yo le indiqué a Seiva que se detuviera. El corazón me latía a toda velocidad porque nunca antes había llegado tan lejos, y me aterraba descubrir lo que me esperaba más allá.

Desmonté, ignorando el temblor de mis manos, y llevé a la yegua hasta uno de los árboles más cercanos.

—Te prometo que volveré pronto —le susurré mientras ataba las riendas a un grueso tronco de un roble—. No te voy a abandonar.

Ella me miró fijamente, como si pudiera entenderme, y pataleó sobre la nieve. Yo le acaricié el cuello, despidiéndome de ella en silencio, y después comencé a caminar.

Al llegar al final del bosque, me detuve.

«¿Qué ocurre si un sureño intenta atravesar las barreras protectoras de Valoa?», le había preguntado una vez a Uxa.

«Lo mismo que le pasa al verano cuando llega el invierno, o al día cuando llega la noche —me había respondido ella—: que morirían. La única debilidad de los sureños es aquello que han creado los dioses del norte, y la única debilidad de los nortehños...».

«... es lo que han creado los dioses del sur».

Levanté una mano y acaricié el aire que se ondulaba levemente frente a mí, como si se tratara de una tela que se mecía con el viento. Las barreras mágicas de Valoa eran invisibles, pero emitían leves destellos bajo la luz de la luna. Podía verlos, pequeñas motas luminosas bailando entre los grises de mi mundo, y también notar su calor. No era como acercarse al fuego, sino como un abrazo, como entrar en casa tras un largo paseo por la nieve: una sensación placentera que me llenó de calma y seguridad.

—Gracias —susurré, esperando que los dioses me escucharan—. Gracias por protegernos.

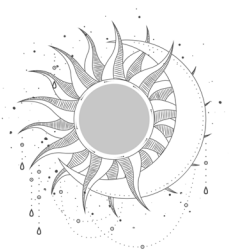
Aparté la mano, con las fuerzas extrañamente renovadas, y observé tanto la llanura nevada que se extendía al otro lado de la barrera como la ciudad que se alzaba sobre ella.

Daris.

Nunca la había visto, ya que ni mis tías ni yo solíamos salir del bosque, pero Rosten me había hablado tanto de ella que sentía que la conocía a la perfección. Sus casas de piedra, sus mercados, la fortaleza del concelleiro que gobernaba la ciudad... Nada en ella me era ajeno o desconocido.

Nada excepto el fuego y la destrucción.

El ataque de los sureños había arrasado Daris por completo, dejando solo dolor y ruinas. Desde donde estaba podía ver sus



7

Las dos noches que siguieron a la invocación fallida de Évolet, volví a tener pesadillas con Silas. En ellas, el rey del sur aparecía con su cuerpo monstruoso, persiguiéndome por el bosque hasta que terminaba alcanzándome. En muchas de ellas me arrancaba el corazón del pecho, en otras me asfixiaba con sus largas y afiladas garras; en las peores, me obligaba a casarme con él.

A pesar de que intenté retomar la normalidad, estaba tan inquieta que me fue imposible hacerlo. Estaba distraída, dándole vueltas una y otra vez a lo que había ocurrido durante la invocación. ¿Quién me repetía una y otra vez que no debía estar viva? ¿Silas? ¿Tanto le preocupaba no haberme asesinado como al resto de mi familia?

También pensaba constantemente en el diario, pero ni mis tías ni yo llegamos a una conclusión satisfactoria sobre dónde podría estar escondido. ¿Y si, en vez de en el bosque de Valoa, se encontraba en Jata? ¿Tendría tiempo de ir a hablar con Minnana antes de que los sureños destruyeran las barreras? ¿Me recibiría siquiera?

—Es muy peligroso que vayas sola a la capital —me dijo Bibas—. Lo más seguro para todos es que te quedes en el bosque.

—Pero...

—Navia, confía en las barreras de los dioses —insistió Fai—. Por mucho que los sureños quieran, no van a poder destruirlas.

Al final, empujada por la frustración y la desesperanza, me rendí. Lo único que podía hacer era rezar, pedirles a los dioses que nos protegieran y refugiarme en la rutina para no pensar.

—¿Dónde está el chico que me atacó? —le pregunté a Bibas cuando, por pura necesidad, volví a trabajar en el hospital.

—Lo perdimos —me respondió ella—. No fue capaz de aguantar el peso de la maldición.

—¿Y Brais? ¿Y los demás supervivientes de Daris?

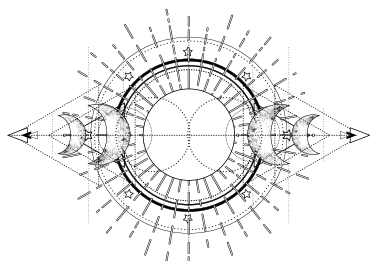
—Lo siento, Navia. Nos fue imposible detener el avance del hanax, y la muerte no perdona a nadie. Ojalá Taika les abra las puertas del Otro Lado.

A pesar de que me esforzaba por estar concentrada, cometía más errores que nunca. Olvidaba las palabras de mis tías, y ni siquiera prestaba atención a lo que me decían los pacientes, que habían pasado de ser treinta y dos a solo trece. La presencia de Gigi era lo único que me daba consuelo, lo único que me arrancaba alguna que otra sonrisa.

Aunque nunca llegamos a hablar sobre ello (y, por supuesto, aunque mis tías nunca se enteraron), se quedó a vivir conmigo. Quizá fue la comida de Fai que le daba a escondidas, o quizá darse cuenta de que ya no tenía una familia con la que volver, pero mi hogar se convirtió en el suyo. De día desconcertaba a Or con sus tranadas; por las noches, dormía acurrucado contra mi cuerpo. Como siempre me despertaba por culpa de las pesadillas, le escuchaba sollozar en la oscuridad.

—Llora tranquilo, pequeño —le susurraba mientras le acariciaba la cabecita—. Sé lo mucho que duele perder a tu familia.

La vida siguió hacia delante con su desesperante indiferencia hasta que, la tercera noche tras la invocación, ocurrió algo. Ya había anochecido, y tanto Uxa como Or se habían marchado al hospital para cuidar a los pacientes que nos quedaban. Bibas, Fai y yo estábamos en la cocina moliendo ortiga y ajo para preparar un



Templo de Zawa
Decimotercer día de la décima lunación
Ciclo de oscuridad 1167

Querido diario:

Hace dos días volví bajar a la playa. Sí, lo sé, soy la sacerdotisa más ingrata de Zawa (e incluso de todo Ríeva), pero no pude evitarlo. Llevaba noches enteras sin dormir, soñando con ese desconocido de ojos verdes, preguntándome si seguiría vivo. Y no pude aguantar más.

No me malinterpretes, por favor. No es que quisiera volver a verle; lo que necesitaba era comprobar que estaba muerto. Ese soldado no era más que una molestia, y lo mejor que podía ocurrirnos a los dos era que Taika se lo hubiera llevado al Otro Lado. Por muy humano que fuera, por mucho que despertara mi compasión, no dejaba de ser un sureño. ¿Y si aparecía en el templo y les hacía daño a mis hermanas? ¿Y si alguien le encontraba y descubría no solo que me había visto el rostro, sino que no le había delatado?

Cuando quise darme cuenta, estaba recorriendo el camino de tierra que bajaba desde los acantilados hasta la playa. Los primeros rayos de sol habían empezado a iluminar el cielo, pero la noche no se había marchado del todo. Eso me hizo sentirme más cerca de Ikaroa y su panteón de lunas. Habían pasado cinco días desde que había visto a ese sureño, era imposible que hubiera sobrevivido tanto tiempo herido, sin agua ni comida. Por mucho que Hashkín fuera el dios de la vida, no podía luchar contra la muerte.

En cuanto llegué a la playa y la vi vacía, respiré tranquila. Solo me hizo falta echar un vistazo para darme cuenta de que el soldado no estaba. Probablemente había muerto rápido y el mar se había llevado su cuerpo. Gracias a la Madre.

Estaba a punto de volver al templo cuando descubrí algo que me llamó la atención. Al otro lado de la playa, alguien había construido una pequeña estructura de madera. La observé desde la distancia, con desconfianza, y después, arrastrada por una descontrolada curiosidad, me acerqué. Me llegaba por las rodillas y, para montarla, alguien había utilizado los trozos de barcos que habían llegado a la playa, alguna que otra roca y un par de conchas. Casi parecía un refugio para cangrejos, o para alguna otra criatura de pequeño tamaño.

Me agaché frente a ella y la observé con admiración. En la madera habían tallado una puerta flanqueada por columnas y un par de ventanas, que habían decorado con el nácar de las conchas. El tejado estaba hecho con algas, convirtiéndolo así en una especie de edificio. No tenía ni idea de lo que era, pero me pareció hermosa. Y, por eso, quise tocarla.

«Tienes una extraña fijación por tocarlo todo, ¿no?», dijo una voz masculina a mi espalda.

Me levanté de un salto, con los latidos desbocados, y miré al desconocido que estaba de pie frente a mí. Era el soldado del sur, el maldito soldado que había creído muerto.

«Sí me haces daño, gritaré», le respondí.

«¿Y por qué iba a querer hacerte daño?».

El soldado sonrió; yo di un paso hacia atrás. Estaba sola con un hombre, sola con un enemigo. No tenía forma de defenderme y, si huía, me atraparía.

«No te asustes —me dijo—. No voy. . . no voy a hacerte nada. Lo prometo».

Por alguna estúpida razón, le creí. No parecía agresivo y, aunque tampoco quería acercarme demasiado, me relajé. Solo un poco, al menos; lo justo para no salir corriendo. Por suerte, esa vez no me había quitado el daceo ante él, y eso me permitió observarle con más detenimiento.

Sus ojos eran verdes, tanto como los recordaba, y le había salido algo de barba. También era alto, con un atractivo varonil que me provocó un extraño y desconocido vértigo en el estómago. Se había quitado el uniforme, y estaba frente a mí con el pecho descubierto. Medio desnudo. Nunca había visto a un hombre así, y tuve que reprender a mis ojos para que no se deleitaran con las formas de su cuerpo. Lo único que me permití apreciar fue la herida de su abdomen, que estaba cubierta con algas y parecía mucho menos grave que la primera vez que la vi.

«Es un templo —me explicó, señalando la pequeña construcción de madera. Tenía un marcado acento sureño, un acento que debería haberme provocado rechazo,

de opresión. Los pescadores vendían su mercancía, las mujeres gritaban los precios de sus productos, pero en los ojos de aquellas personas había miedo, una lucha interna entre sus ganas de esconderse y su necesidad de sobrevivir. ¿A cuántos de los suyos habrían visto morir en los últimos días? ¿A cuántos familiares y amigos habrían encarcelado los invasores?

—¿A dónde vamos? —le pregunté a Rosten.

—Tú sígueme.

Era difícil avanzar con los caballos por aquellas calles abarrotadas. Los gritos de los vendedores se me clavaban en los oídos, el olor a pescado y muchedumbre me revolvía el estómago. Los habitantes de Jata se arremolinaban en torno a los puestos, peleándose por conseguir algo de comida, y no les importaba empujar a sus vecinos. La lucha por la supervivencia en mitad de la guerra era la peor de las batallas.

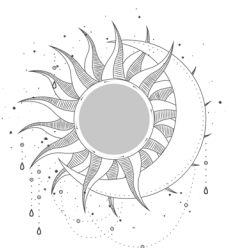
—¿Un poco de bacalao en salazón, niña? —me gritó una mujer.

—¡Tengo el mejor vino de Rieva! ¿Quieres probarlo? —me ofreció un hombre.

Por primera vez en mi vida estaba en la capital, pero no sentí admiración ni sorpresa, solo tristeza. Con cada paso que daba echaba más de menos a los árboles de Valoa, la cercanía a las criaturas de la noche y a mis tías. Se suponía que Jata era la ciudad que me había visto nacer, pero no sentí nada especial hacia ella. Lo único que notaba dentro del pecho, justo debajo del hielo de la maldición, era el dolor que me provocaba sentirme tan lejos del bosque.

Estaba a punto de decirle a Rosten que me estaba agobiando, que necesitaba parar a beber un poco del brebaje que llevaba en el zurrón, cuando una mujer se abalanzó sobre mí. Tenía el pelo oscuro y muy largo, los ojos llenos de sufrimiento.

—¿Necesitas dinero, bonita? —me preguntó—. Hay muchos soldados hambrientos en la ciudad y, con una cara como la tuya, podrías sacar unas cuantas monedas.



16

Me miré al espejo una última vez, preguntándome quién era la persona que veía en el reflejo. Aunque tenía mi rostro, las pecas sobre la nariz, no me reconocía. Veía mis ojos, pero estos pertenecían a una mujer cuya presencia imponía; a una mujer destinada a sentarse en un trono. Aun sin ser capaz de ver mis colores, percibía la energía que emanaba: orgullosa, elegante, bella.

El vestido que había elegido era el más hermoso que había visto jamás. La parte de arriba era ajustada, más escotada que cualquiera de los vestidos que me hubiera puesto nunca, y la falda caía desde la cintura como una cascada, libre y etérea como el agua. Las mangas eran muy anchas, de un tono más claro que el cuerpo, y estaban hechas de una gasa de seda que terminaba en un fino encaje, que me acariciaba las manos y me daba un aspecto regio y distinguido.

Lo más llamativo de todo, sin embargo, era el brillo de la tela. Por alguna razón, quizá porque había sido hecho para la familia real, el vestido destellaba como si hubiera sido confeccionado con cientos de diamantes. Daba igual que la luz no incidiera sobre él porque resplandecía por sí solo, haciéndome parecer, por primera vez en mi vida, la verdadera princesa Estela.

—¿Necesita que le retoque el peinado?! —me preguntó Malva desde el baño.

La doncella me había ondulado el pelo con un hierro ardiendo, y no quedaba ni rastro de la muchacha desaliñada que había pasado veintidós ciclos de oscuridad en el bosque de Valoa.

—¡No hace falta! —le respondí.

Di un paso hacia atrás, alejándome del espejo, y los rayos de luz de luna que entraban por el ventanal me acariciaron la piel. Entonces, lo noté. Fue como un cosquilleo, una calidez familiar abriéndose en mi pecho como los pétalos de una flor.

Había llegado la medianoche, y tenía que dejar que la noche hiciera su magia.

«Cuando hace más de mil ciclos nuestra Madre eligió a Arelia como la primera reina de Rieva —me había contado mi tía Uxa—, le dio los poderes de la noche».

«Estos fueron pasando de generación en generación, bendiciendo a los miembros de la familia real», había añadido Fai.

«Por eso supimos que eras la princesa perdida cuando te adoptamos», dijo Bibas.

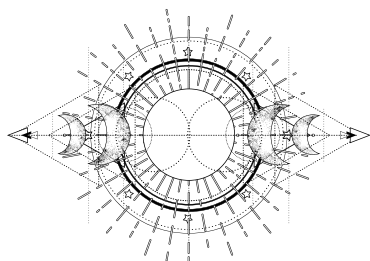
«Y por eso es muy importante que nadie más que nosotras lo sepa», concluyó Or.

El cosquilleo se transformó con rapidez en un relámpago que me atravesó las entrañas. Apreté los dientes, dejando que el calor llegara hasta mis manos, hasta mis piernas y mi nuca, y me comenzó a brillar la piel.

Sin decir nada, dejé que la noche me usara como lienzo y dibujara constelaciones en mis brazos, en mi pecho, en mi rostro. El brillo de mi vestido quedó opacado por el de mi cuerpo, porque de repente me había convertido en la personificación de la noche, en una criatura que resplandecía como si tuviera dentro piedras preciosas, como si estuviera hecha de polvo de estrellas.

«Sangre mágica de Rieva».

Durante unos instantes, no me moví. Esperé con paciencia, como hacía cada lunación, a que mi cuerpo se convirtiera en una



Templo de Zawa
Tercer día de la undécima lunación
Ciclo de oscuridad 1167

Querido diario:

Sé que hace casi una lunación entera que no te escribo, pero es que han pasado cosas. Muchas. Y no sé cómo explicarlas. Estoy avergonzada de lo que he hecho, y también tengo miedo, pero, al mismo tiempo... nunca me había sentido tan feliz, tan libre y plena. Te juro por los dioses que he intentado ignorar todo lo que me arde dentro, comportarme como debería hacerlo la futura suma sacerdotisa de Ríeva, pero he empezado a dudar. De todo aquello en lo que creo. De todo lo que pensaba que quería. De quién soy.

Empezaré por el principio.

¿Recuerdas que te conté que le dí tres días a Aíden para abandonar la playa? Le dije que, si en ese tiempo no se marchaba, daría la voz de alarma para que fueran a apresarle. Bien, pues no lo hizo. Y yo, a pesar de todo, no le delaté.

Al contrario de lo que me había prometido hacer, volví a bajar a la playa. Una parte de mí deseaba que se hubiera ido, que hubiera huido lejos de mí, de mis hermanas y de mi templo; la otra, sin embargo, ansiaba volver a verlo. ¿Por qué? No lo sé. Quizá quería comprobar si sus ojos tenían el mismo verde de las hojas cuando aún guardan la esperanza de no caer, o volver a sentir las cosquillas que su cuerpo me había provocado en el estómago. Sea como sea, al amanecer del tercer día, volví a la playa. Y él me estaba esperando.

«¿Ya has dado la voz de alarma?», me preguntó, esbozando una sonrisa burlona.

Estaba sentado a la orilla del mar, observando las olas con un anhelo profundo. Seguía estando medio desnudo, con el emplasto de algas sobre la herida

del abdomen, pero parecía tranquilo. El templo que le había construido a Hashkín aún estaba ahí, en pie, acompañándolo en su soledad.

«¿Debería haberlo hecho?», repliqué.

Aíden giró la cabeza hacia mí, y yo me reprendí a mí misma por deleitarme con su belleza, por admirar algo que había creado el mismo dios que le había roto el corazón a la Madre.

«No voy a hacerte daño, ya te lo dije. Ni a tí, ni a las sacerdotisas de tu templo ni a nadie».

«Pero eres un soldado, ¿no es precisamente eso lo que hacéis?».

La brisa del amanecer acarició la tela de mi daceo y me llenó la boca del sabor salado del mar. Los primeros rayos del sol incendiaban el horizonte, pero yo solo podía mirar a Aíden, cómo el pelo negro y empapado le caía sobre la frente, cómo los músculos de su abdomen subían y bajaban con cada respiración. A pesar de que le había crecido la barba, aún notaba las líneas marcadas de su mandíbula, la forma de sus labios.

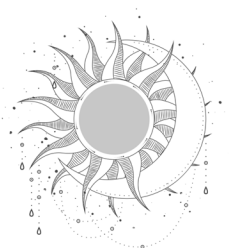
«Eres la primera persona a la que le digo esto, pero nunca he querido ser soldado —confesó—. Supongo que acabar aquí sería un castigo para cualquiera de mis compañeros, pero para alguien a quien no le gusta matar, es una liberación».

Un soldado sureño que no quería matar, eso era nuevo para mí. ¿Era posible que hubiera sureños a los que no les gustase la guerra? ¿Y que no todos fueran tan despiadados como siempre habíamos pensado? Aunque la lógica me decía que no, ya me había equivocado antes. Siempre había pensado que los siervos de Hashkín eran monstruosos y, sin embargo...

«Entonces, ¿por qué lo haces? —quise saber—. ¿Por qué matas, si tanto lo odias?».

«Porque es lo que los dioses esperan de mí. Nunca juzgo sus decisiones, ¿recuerdas?».

Me quedé callada, aún observándolo en la distancia, incapaz de cortar la conversación. ¿No era eso lo que hacíamos todos? ¿Cumplir las expectativas que los dioses ponían sobre nosotros? No pensaba decírselo, claro, pero hasta yo me había preguntado alguna vez si lo que hacía era lo que realmente deseaba. Me había convencido a mí misma de que quería ser suma sacerdotisa, de que la única vía para encontrar la felicidad era servir a Ikaroa, pero... ¿no eran mis aspiraciones órdenes de los dioses?



21

Abrí los ojos de golpe, con los latidos desbocados y un horrible dolor de cabeza martilleándome las sienes. Aunque la boca me sabía a sangre y tenía entre los labios un desagradable regusto a peligro, estaba en la cama, segura y a salvo frente al fuego de la chimenea de mi habitación. Ya no tenía puesto el vestido de la boda, sino el camisón de lino que usaba para dormir. ¿Cómo había llegado hasta allí?

—Majestad —me dijo Malva. Estaba sentada a mi lado, sobre la cama, y al ver que me había despertado, me acercó un paño húmedo a la frente—. ¿Se encuentra bien?

—¿Qué ha pasado?

—Hubo un accidente durante la ceremonia. Uno de los médicos de la corte ha venido a revisarla, pero dice que la herida que tiene en la cabeza no es grave. Perdió el conocimiento por el golpe, pero se recuperará. El rey, el consejero y el solarca también se encuentran bien.

Dejé que la doncella me secara el sudor mientras recordaba lo que había ocurrido en la boda. El relámpago de sensaciones al tocar a Silas, las vetas anaranjadas de su piel, la estatua de Ikaroa estallando en mil pedazos; Áurea Fierro irrumpiendo en el templo.

—¡Los prisioneros! —exclamé, incorporándome de golpe. Malva se sobresaltó, y yo me mareé ligeramente—. ¿Quiénes han escapado? ¿Han sido los que entraron conmigo al palacio?

Malva apretó los labios, como si estuviera considerando si debía darme esa información, pero enseguida los relajó y me respondió:

—Sí, aunque solo han escapado tres de ellos. Al otro le han vuelto a capturar.

—¿A cuál? —le pregunté, sin poder contenerme.

—Al chico de los ojos extraños.

Rosten, era Rosten. ¡Por los dioses! No iba a tener muchas más oportunidades de liberarle. Las Sombras no se iban a arriesgar a entrar de nuevo en el palacio, y yo estaba completamente vigilada. ¿Qué podía hacer? ¿Tendría que volver a mi plan de dormir a los guardias y colarme en las mazmorras?

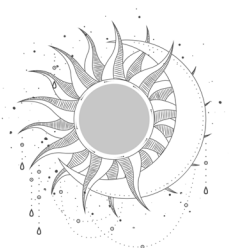
Suspiré, con cansancio, y me tumbé de nuevo sobre la cama. Si hubiera estado en casa, mi tía Bibas me habría preparado una infusión de menta, melisa y jengibre que mitigaría el dolor de cabeza. Mi tía Fai, además, me habría cocinado uno de sus deliciosos caldos curativos que habría hecho que me recuperara al instante, deshaciendo el nudo de lágrimas que notaba en la garganta. Sin embargo, esa vida quedaba muy lejos, tanto que hasta me parecía irreal.

Habría dado cualquier cosa por volver a estar con mis tías, por acercarme al templo a ver a Liara y por pasar las tardes dibujando a las criaturas de la noche en mi bestiario; habría dado cualquier cosa por despertarme de aquella pesadilla.

—Silas y yo estamos casados, ¿verdad? —le pregunté a Malva.

La doncella asintió y, con algo de nerviosismo, comenzó a retorcer el trapo que tenía entre las manos. Yo fruncí el ceño mientras notaba cómo se cerraba el estómago. Había algo que no me estaba contando, algo incómodo que ambas sabíamos que no iba a gustarme.

—Ma... majestad —musitó por fin—. Sé que aún no se encuentra del todo bien, pero... el rey la está reclamando. Ha dado la



22

Tras lo que ocurrió en la noche de bodas, volví a tener una pesadilla con Silas. Esa, además, fue la peor de todas. En ella, el rey de Ilta no era un monstruo que quería matarme, sino un humano atractivo que me hipnotizaba con el color de sus ojos y, metiéndome en su cama, me hacía perder la razón.

—Luz de luna —me susurraba mientras se apretaba contra mí para que le sintiera por completo—. No sabes cuánto te deseo.

Y yo no me resistí, porque eso era lo peor de todo: lo que me estaba haciendo me gustaba; él me gustaba. Casi parecía que mi cuerpo no había tenido suficiente con lo que había pasado en su cama y quería más, mucho más.

—Te odio —solté, cerrando los ojos para que el placer fuera más intenso—. Eres... eres...

—¿Qué soy? ¿El único hombre que ha conseguido que te derritas?

Sus manos exploraron con adoración mis piernas, mis pechos, ese lugar que gritaba su nombre. Sabía que estaba mal, que debería estar pensando en cómo destruirle y no entregándome a sus caricias, pero no podía parar. El cuerpo de Silas atraía al mío con fuerza, y sus manos expertas me arrancaban los jadeos con una humillante facilidad.

—Cómo me gusta escuchar los gemidos de mi mujer —me dijo al oído.

Y entonces, cuando ya había convertido cada rincón de mi cuerpo en un temblor líquido, Silas se saltó todas las leyes sagradas y me besó.

Su boca buscó la mía con ardor, con urgencia y necesidad, y ninguna maldición nos obligó a separarnos. Solo era un sueño y no había peligro, así que nos fundimos en el otro con odio, con anhelo, como si nuestros labios se conocieran y se buscaran. ¿Era así como sabían los besos? ¿O solo era una fantasía provocada por mi mente? La sensación de probar unos labios ajenos era extraña y a la vez íntima, y placentera, y... ardiente.

Por eso, porque si no lo hacíamos terminaríamos estallando en llamas, nos desnudamos el uno al otro e hicimos el amor como dos animales salvajes. Yo terminé gritando su nombre, olvidándome por completo de que había jurado destruirle; él se llenó la boca con el mío, acariciándolo con la devoción que se les dedicaba a los dioses.

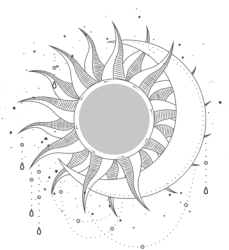
Estaba pensando en eso, avergonzada porque habían pasado tres días y yo seguía sumida en aquella excitante ensoñación, cuando Rosten me obligó a volver a la realidad.

—¿Me puedes explicar de una vez por qué estamos yendo a la biblioteca? —me preguntó—. Creo que no hay un sitio más aburrido en todo el continente.

Me detuve en mitad del pasillo y me di la vuelta para mirarle.

El día después de nuestra extraña noche de bodas, y también del sueño que aún me torturaba, Silas había liberado a mi mejor amigo. Además, tal y como había prometido, permitió que se convirtiera en mi guardia personal.

Aunque Osmar y Taviro continuaron vigilándome, empezaron a hacerlo desde la distancia. Me seguían allá a donde fuera, y no dejaron de hacer guardia en la puerta de mi habitación, pero en los paseos caminaban a mi espalda, lo suficientemente alejados como para que Rosten y yo pudiéramos hablar a solas. Sospecha-



26

Con la salida del sol, la infusión de ardaluna estuvo lista. Era la mejor versión que había podido conseguir, un brebaje parecido al que preparaban mis tías con manzanilla y caléndula, pero que olía a manzana, a menta y jazmín. No estaba amargo, así que no me había excedido en la cantidad de pétalos, y tampoco resultaba insípido; tenía una calidez suave que se deslizaba por la garganta y dejaba en la boca una sensación fresca.

Además de eso, al beberlo solo sentí un extraño cosquilleo en las entrañas, como si la magia de las flores estuviera acariciando el poder de la noche que descansaba en mi interior. Antes de llevársela a Silas quería comprobar qué efecto tenía en un cuerpo sureño, así que no tuve más remedio que pedirle ayuda a la única persona de Ilta en la que, aunque solo fuera un poco, confiaba: Malva.

—¿Qué es? —me dijo cuando, en la tranquilidad de mi habitación, le mostré la copa llena de brebaje.

—Es una infusión que he preparado para el rey —le expliqué—. Tiene una dolencia que vuestros médicos no han podido solucionar, y quiere probar los remedios del norte. No es peligrosa, no te preocupes, pero necesito saber qué efectos tiene en los sureños para... para comprobar que lo he hecho bien. De todas

formas, no tienes que ayudarme si no quieres. Sé que es una gran responsabilidad.

—Quiero hacerlo —me respondió ella—, y más si es por el bienestar del rey.

La doncella me indicó que le entregara la copa y yo, algo insegura, lo hice.

—Bebe poco, por si acaso —le indiqué.

Malva asintió, y después le dio un pequeño sorbo a la infusión. Yo la observé en silencio mientras rezaba a la Madre por que la ardaluna no le hiciera daño en el estómago, o incluso algo peor.

Pasaron unos instantes y, cuando comprobé que la doncella no se retorció de dolor, y que tampoco caía redonda al suelo, le pregunté:

—¿Notas algo?

—Creo que se me han dormido los dedos de las manos..., pero nada más.

—Bien —le respondí—. Con eso me vale.

Cuando al día siguiente le llevé la infusión a Silas, estaba nerviosa.

—Toma —le dije al entregársela—. La he preparado antes de tiempo, así que creo que me merezco algún tipo de compensación.

El rey acababa de levantarse, así que tenía el pelo revuelto, la voz grave, el pecho descubierto. Sus orejas estaban repletas de pendientes, como siempre, y olía... olía a él. Eso hizo que algo dentro de mi cuerpo estallara, una mezcla de odio, deseo y rabia; un relámpago de dudas y culpabilidad que iba a terminar volviéndome loca.

—¿De qué está hecha? —me preguntó—. Huele a manzana.

—Porque la lleva, y también una flor que contiene la magia de Ikaroa.

Él pareció complacido, y yo me convencí de que había encontrado la solución a sus problemas; de que la ardaluna no solo iba a salvar Rieva, sino también a las criaturas encerradas en las mazmorras.

—Lo importante ahora es que no tomes el yin que te da Hiel —le advertí—. Finge que lo haces, pero bébete la infusión en su lugar.

—¿Crees que también dormiré a Hashkin?

—Bébetela y lo comprobaremos.

Obedeció sin poner objeciones.

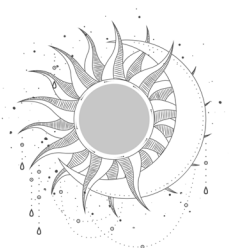


Esa misma tarde, con una extraña esperanza brillando en el pecho, Rosten y yo pusimos rumbo a la biblioteca para nuestra tercera clase con Elián. Gigi y yo habíamos hecho las paces tras el desayuno, así que dejé que volviera a esconderse tras mi pelo y nos acompañara. La única condición que le puse fue que no volviera a clavarme las uñas, mucho menos si estábamos delante de algún desconocido, y él, con el arrepentimiento brillando en los ojos, aceptó.

—¿Por qué hablamos la misma lengua en el norte y en el sur? —le pregunté a Elián, sentado a mi lado en una de las mesas de la biblioteca—. ¿No tendría más sentido que cada reino tuviera su propio idioma?

Aunque en las dos primeras clases el solarca se había centrado en hablarnos sobre gramática y sobre la importancia religiosa de una buena traducción, yo anhelaba algo más que reglas y sonidos. Por eso, no dejaba de hacerle preguntas. Quería conocer la humanidad que había tras las palabras, acercarme a la cultura de Iltá, aprender más y más y más.

—No —me explicó él—. Cuando Taika creó a Hashkin y a Ikaroa, y también a los dioses menores, les regaló un idioma común: la lengua celeste. La lengua mortal es una variación de la lengua celeste, un don que nos entregaron, pero que carece de su



27

Pasé las tres noches siguientes leyendo el diario de Évolet una y otra vez, buscando mensajes ocultos en cada una de las páginas, intentando ir más allá de las palabras. Sin embargo, aquellas hojas no parecían contener nada más que las confesiones de una joven sacerdotisa que se había enamorado de un enemigo sureño.

Sabía que la historia de Aiden y Évolet tenía un final trágico, que Ikaroa descubría la traición y acababa con sus vidas, pero aquella parte del diario solo llegaba hasta su primer beso. Después, lo único que había era una página rota e incompleta, el trozo de lo que parecía una oración. ¿A quién iba dirigida? ¿A Ikaroa? ¿Y por qué Évolet la habría escrito en su diario? Sin la parte que me faltaba, no podía averiguarlo.

Eso me hizo sentir frustrada e insatisfecha, como si me hubieran retirado un plato delicioso justo cuando más lo estaba disfrutando. No era solo que supiera que las hojas más importantes del diario las tenía Silas, sino que aquellas palabras eran magnéticas, y quería seguir sumergiéndome en ellas. ¿Por qué Évolet había vuelto junto a Aiden, si había huido tras besarle por primera vez? ¿Y cómo los habían descubierto? ¿Qué era lo que había en las páginas que me faltaban que pudiera traer de vuelta a los dioses del norte?

A pesar de que de pronto podía entender la lengua de los dioses, seguí acudiendo a las clases con Elián. Me disculpé con el bibliotecario explicándole que me había encontrado repentinamente mal —quizá no había digerido bien la comida—, y él no me hizo preguntas. Fingir que seguía necesitando sus lecciones era la única forma de que Rosten pudiera avanzar con nuestro plan, y, sorprendentemente, lo hizo. No volvió a enfadar al bibliotecario, e incluso consiguió hacerle reír.

—He empezado a leer ese libro que tanto te gusta, *El arte de pensar* —le dijo mi amigo.

—¿Y qué tal?

—Fatal, a la tercera página ya me dolía la cabeza. Creo que me habría gustado más si se llamara *El arte de no pensar*.

La risa de Elián fue suave, como los copos de nieve que caían al otro lado de la ventana, pero hizo sonreír a Rosten con orgullo; a mí, con esperanza. En ese momento tenía más claro que nunca que necesitábamos la otra parte del diario de Évolet, porque era ahí donde se escondía la clave para traer de vuelta a nuestros dioses.

Pero estábamos en el buen camino.

Como mi rutina siguió su curso con una calma desesperante, continué preparándole a Silas las infusiones de ardaluna. Me había ordenado llevárselas cada día con la salida del sol, y aunque a mí se me cerraban los ojos por culpa del sueño, cuando llegaba a su habitación, él siempre parecía muy despierto. Unas veces me esperaba vestido; otras, y esas eran las más difíciles, sin camisa. Verle así disparaba el fuego de mi imaginación, haciendo que me despertara de golpe.

—¿Por qué te levantas tan temprano? —le pregunté una mañana, acercándole la infusión—. Pensé que los reyes podíais dormir hasta tarde.

Silas esbozó una sonrisa, pero, como siempre que mostraba algo parecido a la felicidad, volvió a ponerse serio enseguida.

—No duermo mucho —me respondió—. Tengo insomnio.

Le entregué la copa con la infusión y él la sostuvo entre las manos, sin llevársela a los labios.

—¿Y eso? —le pregunté, sentándome a su lado—. ¿Es por Hashkin?

—No, ya me costaba dormir antes de convertirme en su recipiente. Es... es más bien por las pesadillas.

Que él también tuviera pesadillas hizo que mi corazón diera un salto, que de alguna forma lo viera más humano. ¿De verdad existía algo que podía atormentar a Silas, algo que incluso le impidiera dormir? Quería averiguarlo, no solo por seguir el plan de Minnana y acercarme a él, sino porque realmente me interesaba.

—¿Qué es lo que te da miedo?

Silas agachó la cabeza y perdió la mirada en el líquido de la copa, ese líquido en el que ambos habíamos depositado todas nuestras esperanzas. Poco a poco estaba empezando a conocerle, y no había pasado por alto la tristeza anidada bajo el naranja de sus ojos, los secretos que tanto se esforzaba por ocultar. Aún no sabía cuál era su edad, pero, si hacía treinta ciclos de oscuridad que se había sentado en el trono, debía de ser mucho mayor que yo.

—El mar —me respondió—. Me aterra el mar.

—¿El mar?

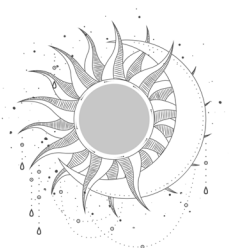
—Sí, el mar —replicó, volviendo a mirarme—. ¿Qué pasa?

—No sé, esperaba que lo que te provocara pesadillas fuera algo menos... corriente.

De nuevo ese intento de sonrisa, ese esfuerzo por alejar la alegría cuando esta intentaba alcanzarle.

—Una vez estuve a punto de morir ahogado. Ni siquiera soy capaz de acercarme a la playa.

Los dos nos quedamos callados, como si quisiéramos escuchar el rugido de las olas que, al otro lado de la ventana, golpeaban los acantilados. De nuevo volvía a sentir hacia Silas algo parecido a la compasión. No solo era un rey cruel, un asesino, sino



29

Los aposentos de Silas se habían convertido en un hospital. Las criaturas heridas se encontraban en el baño, con los cojines a modo de camillas, mientras que Silas estaba en la cama. Se había desplomado por la fiebre y la deshidratación, así que solo había necesitado agua y paños húmedos para que recuperara la conciencia y así poder tumbarlo. Sin embargo, su cabeza estaba totalmente ida, perdida en el sufrimiento que le provocaba la abstinencia. Le había dado otra dosis de la infusión de ardaluna, pero esta ya no parecía hacerle efecto.

—Yin —susurraba una y otra vez—. Necesito... necesito yin.

Tenía miedo de que recuperara las fuerzas y perdiera el control, así que había cortado las sábanas en tiras para atarlo al dosel de la cama. No sabía cómo reaccionaría cuando saliera del trance y se diera cuenta de lo que había hecho, pero prefería ser precavida.

Terminé de cubrir las heridas de las criaturas con un ungüento de caléndula y, cuando me aseguré de que todas estaban tranquilas, salí del baño y me senté en la cama junto a Silas. Aún no había amanecido, así que el palacio estaba en calma, sumido en el silencio.

—¿Cómo te encuentras? —le susurré, comprobando que el paño de su frente seguía húmedo y fresco.

A modo de respuesta, Silas gruñó.

—Si necesitas algo, pídemelo —añadí.

Esta vez no me contestó. Le había quitado la camisa para ayudar a que le bajara la temperatura, así que me detuve a observar cómo su pecho, empapado en sudor, subía y bajaba con su respiración. Tenía los brazos estirados sobre la cabeza, atados con fuerza al dosel de la cama, y su vulnerabilidad me hizo pensar en lo fácil que sería matarle en ese momento. ¿No era eso lo que siempre había deseado? Desde luego, solucionaría muchos de mis problemas.

«Ve a por Silas, Navia. Acaba con él. Destruye... destruye a quienes nos han hecho esto».

Levanté la vista y observé el escritorio que estaba al otro lado de la habitación. Sobre la madera, brillando bajo la luz de las antorchas, había un abrecartas. ¿Se podía matar a un hombre con un abrecartas?

Por los dioses, ¿de verdad estaba pensando en matarle a sangre fría? Sabía perfectamente que no podía hacerlo, no si no quería enfrentarme a la ira de Hashkin, y desde luego no sin un plan. Además, ¿en qué clase de persona me convertía eso? Yo no era una asesina, no le quitaba la vida a aquellos que habían confiado en mí como curandera, ni siquiera si se trataba de alguien como él. Lo que tenía que hacer era centrarme y conseguir que los dioses del norte volvieran y que fueran ellos quienes liberaran Rieva, quienes acabaran con nuestros enemigos. Sí, eso era lo verdaderamente importante.

—Navia —susurró de pronto Silas, sacándome de mis pensamientos.

Volví a mirarle e, intentando disimular que hacía apenas un instante había estado pensando en arrebatarle la vida, le pregunté:

—¿Qué ocurre?

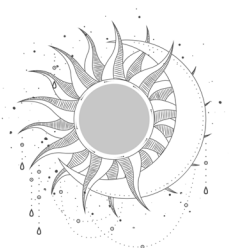
—Háblame... háblame de ti.

—¿De mí? —le pregunté.

—Necesito distraerme. Me duele... me duele hasta respirar.

Parte 3

Tres besos



30

Nos pusimos en pie, con el corazón latiendo a toda velocidad, y Silas se tambaleó hasta la puerta.

—Hiel —dijo, apoyándose sobre la madera—. ¿Qué ocurre?

—¿Majestad? ¿Se encuentra bien? Le he escuchado gritar y...

—Estoy perfectamente —mintió, aún sin abrir la puerta. Si el brujo entraba en ese momento nos vería manchados de sangre plateada, en una habitación que parecía arrasada por un huracán—. Puedes marcharte.

Hiel guardó silencio, y yo, tensa, esperé. Había vuelto porque no me había creído, porque sospechaba, y eso era peligroso.

—Ha ocurrido algo terrible —anunció Hiel. Su voz sonaba amortiguada por la barrera de la madera—. Las criaturas se han escapado.

Silas me miró, y yo contuve el aliento.

—Pues búscalas —le ordenó, con voz firme—. Y ahora déjame tranquilo, estoy ocupado con mi esposa.

El brujo dudó, pero finalmente se marchó. Silas apoyó la espalda contra la puerta, yo me di la vuelta y me llevé las manos al pecho. Aunque la tela del vestido no me permitía verlas, podía notar cómo las nuevas vetas de hielo me congelaban la piel, sumándose a las que lo decoraban desde que había besado a Liara.

La herida que me había hecho en la mano escocía, pero lo que sentía sobre el corazón era mucho más desgarrador.

El frío seguía aferrado a mis entrañas, pero ahora, además, también me costaba respirar. Con el segundo beso, la maldición había llegado a los pulmones, que tendrían que hacer un esfuerzo mayor para mantenerme con vida. Desde ese momento, no podría correr, y hasta subir unas escaleras me cansaría hasta la extenuación.

—Así que así es como se siente la maldición de Ikaroa —musitó Silas.

Volví a girarme hacia él. Aunque aún estaba cansado y le quedaban restos de sangre en la boca, tenía mucho mejor aspecto. Había recuperado el color de la piel, de los ojos, y no parecía a punto de perder el conocimiento. Las formas de hielo de la maldición le habían aparecido en el pecho, y no pude evitar pensar que, al igual que yo, él también había dado un paso consciente hacia la muerte.

—Tengo un brebaje que te ayudará con el frío —le dije—. El primer beso no es peligroso, solo...

—¿He sido tu primer beso? —me preguntó, esbozando una sonrisa lobuna.

Mis mejillas se encendieron al instante, tanto que pensé que saldrían ardiendo de un momento a otro. En Rieva nunca preguntábamos a los demás cuántos besos habían dado, jamás, y que él lo hiciera conmigo me hizo sentir desnuda y vulnerable.

—No —respondí, avergonzada—. Has sido el segundo.

Silas no dijo nada, pero una sombra cruzó su rostro, como si esa no fuera la respuesta que esperaba. No dejó de sonreír, pero el gesto se volvió tenso, peligroso.

—Vaya —respondió—. ¿Y quién fue el afortunado?

El dolor de la muerte de Liara se me clavó en las entrañas como una daga, recordándome que mi amiga ya no estaba, que había sido él quien me la había arrebatado.

Porque había sido él, ¿verdad?

Silas me había dicho que él no había matado a mi familia, pero no sabía si era verdad o una de las fantasías provocadas por la abstinencia. En ese momento, no estaba segura de nada.

—¿Recuerdas algo de lo que has dicho cuando estabas delirando? —le pregunté, forzando además el cambio de tema.

—No —me respondió—. Tenía una especie de niebla mental que me impedía pensar. ¿Por qué? ¿Qué he dicho?

Volví a darme la vuelta y me acerqué hasta el ventanal de la habitación. Ya estaba amaneciendo, y la luz del sol iluminaba la inmensidad del mar. El movimiento de las olas me llenaba de calma, como si la mismísima diosa de las aguas me estuviera dando un cálido abrazo. Tenía demasiada información que asimilar, demasiado en lo que pensar.

Para empezar, ¿por qué había tenido esas extrañas visiones al besar a Silas? La sensación había sido exactamente igual a la de la boda, la misma que al tocar el mapa de la biblioteca. ¿Tendría algo que ver con el hecho de que podía ver sus colores? ¿Y con esa incontrolable atracción que sentía hacia él? Quizá Ikaroa estaba intentando decirme algo, desde donde quiera que estuviera, y yo no estaba sabiendo interpretar el mensaje; quizá todo lo que estaba ocurriendo era parte de su plan.

—No deberíamos haber hecho esto —solté.

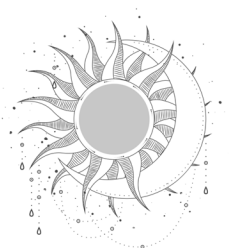
—¿El qué? ¿Besarnos? Tenías tantas ganas de hacerlo como yo, luz de luna, así que no finjas.

—Dejar que bebas de mi sangre —repliqué—. El efecto en tu cuerpo ha sido el mismo que si hubieras tomado yin, y hemos roto la abstinencia.

—Pero también hemos encontrado algo más fuerte que la ardaluna —me dijo.

Suspiré y él se acercó lentamente hasta mí. Sabía que quería tocarme, quizá colocar sus manos sobre mis hombros y acariciarme la piel de los brazos, pero no lo hizo. Se quedó quieto, mirándome a través del reflejo de la ventana.

—No puedes beber de mi sangre siempre que quieras —le respondí.



33

Dos días después de la fatídica cena con los nobles sureños, Silas y yo abandonamos el palacio. Lo hicimos de madrugada, tras sacar dos caballos de las caballerizas reales. El rey les había dicho a sus soldados que nos íbamos al bosque a celebrar nuestro matrimonio, que no queríamos compañía, y ninguno de ellos había replicado. Se lo contarían a Hiel, claro, y este quizá decidía que no estaba de acuerdo con el arrebató de pasión del soberano y salía a buscarlo; pero para entonces, ya estaríamos muy lejos.

El viaje había sido tranquilo, cabalgando entre los árboles de día, durmiendo en cuevas por la noche. Como los sureños habían destrozado las barreras de Valoa con las gonas y los dioses del norte no podían restaurarlas, Silas había podido cruzarlas con facilidad.

—Antes de que sigamos avanzando —le había dicho la primera noche, ambos sentados junto al fuego—, necesito que me prometas algo.

—¿El qué?

—Que no les vas a hacer daño a mis tías.

Los ojos de Silas reflejaban el calor del fuego y parecían estar ardiendo, dándole un aspecto atrayente, peligroso, mágico. Se ha-

bía quitado el grueso abrigo de pelo blanco que llevaba sobre los hombros, dejando a la vista la ropa del viaje, y no pude evitar pensar en lo mucho que me fastidiaba que fuera tan guapo. Mis ojos siempre bajaban a la cicatriz que le atravesaba el cuello, a la que cortaba la comisura izquierda de sus labios, pero ni siquiera eso conseguía opacar su belleza.

—Luz de luna, no te estoy acompañando para atacar a tus tías —me respondió.

—Pero no quiero que les hagas daño ni ahora ni nunca. Ellas son... son lo único que tengo.

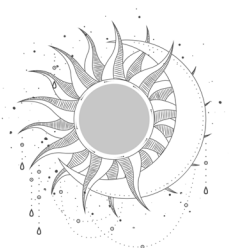
Le estaba llevando hasta allí porque tenía que ayudarle, pero eso no significaba que me fiara de él. A mí siempre me protegía, pero nada me aseguraba que fuera a hacer lo mismo con mis tías.

—No te preocupes —me aseguró—. No voy a hacerles daño. Y, fuera una decisión estúpida o no, le creí.

Durante el viaje, Silas no necesitó beber mi sangre. La última dosis la había tomado hacía apenas unos días, así que, aunque sabía que lo ansiaba, aún aguantaría un poco más. Yo, por el contrario, seguía estando débil. Silas se había dado cuenta enseguida de que hasta el más mínimo esfuerzo me dejaba sin aire, por lo que no había dejado de cuidarme. Era él quien se encargaba de buscar leña cuando necesitábamos encender una hoguera, y también quien hacía guardia por las noches, permitiéndome así descansar. A veces incluso tenía la sensación de que se arrepentía de haberme besado y estaba intentando compensar el error de acercarme un paso más a la muerte.

Eso hacía que todo fuera más difícil.

Por más que intentaba mantenerme alejada de él, no dejaba de pensar en el beso, en lo mucho que deseaba repetirlo. Cuando cerraba los ojos, me imaginaba sus manos recorriendo mi cuerpo, las mías explorando el suyo, y agradecía a todos los dioses que nadie pudiera leer mis pensamientos. Por mucho que sintiera una inexplicable atracción hacia él, por mucho que entre nosotros se hubiera construido un puente de algo parecido a la confianza, no había ol-



34

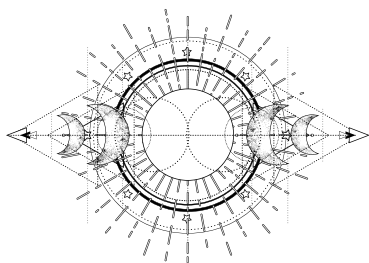
—Creo que has perdido la cabeza —me dijo Uxa.
—Completamente —confirmó Or.
—Está tan loca como tú —le dijo Fai—. ¿A quién se le ocurre darle un sartenazo al mismísimo rey Silas?

—¿Y qué querías que hiciera? —replicó esta—. ¿Preguntarle si le apetecía desayunar?

Mis tías y yo estábamos sentadas a la mesa de la cocina, como solíamos hacer antes de que me marchara. Las cuatro me estaban mirando fijamente, juzgándome, intentando comprender lo que les estaba explicando sobre la adicción de Silas y mis motivos para estar allí. Solo tenían tres pacientes en el hospital, y ninguno de ellos estaba grave, así que podían dejarlos un rato sin vigilancia. Les había contado todo lo que había averiguado en el palacio, me habían gritado por haberme escapado de casa y habíamos llorado juntas la muerte de Liara. Así, el peso con el que había cargado se hizo más ligero, más soportable.

Breto, que había adoptado su apariencia peluda favorita, estaba acurrucado sobre mis piernas. Perder las manos en su pelaje fue como un bálsamo que me curó las heridas.

—No te habrás enamorado de él, ¿no? —me preguntó Bibas con preocupación.



Templo de Zawa
Décimo día de la primera lunación
Ciclo de oscuridad 1168

Querido diario:

Todo ha cambiado desde la última vez que te escribí, incluida yo. Me gustaría decirte que no me reconozco, que no sé qué ha ocurrido con la Évolet que era al inicio del otoño, pero te estaría mintiendo. Por primera vez en mucho mucho tiempo, sé quién soy y también quién quiero ser; por primera vez en mucho tiempo, mis sueños no están guiados por los anhelos de otras personas. Y todo es gracias a Aiden.

Después de abandonarle con mi sabor aún en los labios, pasé más de quince días sin verle. Intenté centrarme de nuevo en mis labores del templo, en los rezos y en las ofrendas, en lo mucho que había deseado convertirme en suma sacerdotisa... pero enseguida me di cuenta de que eso no me hacía feliz. Había sido recluida en el templo cuando no era más que un bebé, y nunca había tenido opción. Ni siquiera había tenido la oportunidad de elegir mis propios sueños. Amo a la Madre y a su panteón de lunas, los amo tal y como he hecho siempre, pero me he dado cuenta de que debo ser yo y solo yo quien trace mi camino.

Por eso, porque me di cuenta de qué era lo que de verdad ansiaba, volví a bajar a la playa. Y, aunque temía que Aiden se hubiera marchado, que lo que habíamos vivido se hubiera convertido en un mero recuerdo, me estaba esperando.

«Évolet —me dijo, envolviendo mi nombre en una ansiosa desesperación, cuando entré en la cueva en la que nos habíamos besado—. Has vuelto».

Cuando se puso en pie y buscó mis ojos, yo sentí que me derretía. Eran tan verdes como las hojas, como un bosque salvaje en el que estaba dispuesta a perderme. No se acercó, quizá por miedo a que lo rechazara, pero su cuerpo gritaba mi nombre.

Como no llevaba el daceo, sus ojos recorrieron mis rasgos con un hambre voraz, como si quisiera memorizar hasta el más mínimo detalle.

«Aiden —respondí—. Lo siento. Yo... necesitaba tiempo para ordenar mis pensamientos. Nunca antes me había sentido así».

«Así, ¿cómo?».

Le observé, en silencio, y él me sostuvo la mirada. Las llamas de la hoguera iluminaban su cuerpo, provocándome un cálido cosquilleo en el estómago. Era un sureño, un enemigo, pero lo único que deseaba era volver a tocarlo, y besarlo, y hacerlo mío por y para siempre.

«Feliz —le dije—. Asustada. Como si estuviera al borde de un precipicio y, a pesar del vértigo, estuviera deseando saltar».

Aiden contuvo el aliento y, sin dejar de mirarme, dio un paso hacia mí. Yo no me aparté. Tenía la sensación de que mis latidos iban al ritmo de los suyos.

«Entonces saltemos juntos —me dijo, acortando la distancia que nos separaba—. Si estás conmigo, no le tendré miedo al vacío».

Me cogió las manos y entrelazamos los dedos. Aunque mis labios ansiaban besarle, perderme en su sabor y en sus caricias, tenía que sincerarme con él.

«Quiero huir contigo —susurré—. Te juro que no hay nada que desee más que irme lejos y empezar una nueva vida a tu lado, pero antes tengo que contarte algo».

Aiden me apretó las manos, y el calor de su piel me llegó hasta el corazón. Sus ojos no solo brillaban con expectación, también lo hacían con cariño, con admiración... y con amor.

«No hay nada que puedas decir que me haga cambiar de opinión con respecto a tí, Évolet. Eres lo que no sabía que llevaba toda una vida buscando».

Esbocé una sonrisa y, tras ordenar mis pensamientos, cogí aire y empecé a hablar.

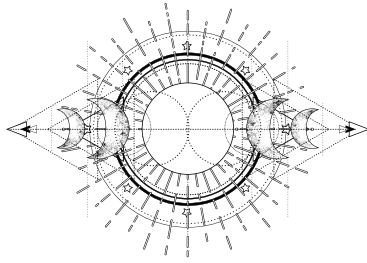
«¿Sabes por qué, hasta hoy, no te he querido hablar de mi familia? —Aiden negó con la cabeza—. Porque mis padres... mis padres son los reyes de Rieva».

«¿Entonces eres...?».

«La princesa de Rieva, sí. Soy su primogénita».

La sorpresa cruzó el rostro de Aiden, pero no hizo ningún comentario. Lo agradecí, ya que eso no era lo más difícil que le tenía que confesar.

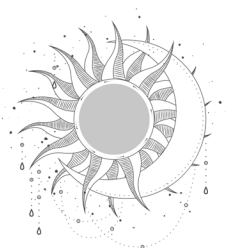
«Cuando mi madre subió al trono y se casó con mi padre, pasaron muchos ciclos intentando tener descendencia —le expliqué—. Sin embargo, el tiempo fue pasando, y mi



Canto a Idriel

*Madre que alumbras los cielos,
te llamo desde la sombra.
Soy tu hija de noche y plata,
la que nació del rastro de tu luz.*

*Oye mi voz entre las constelaciones,
enciende mi nombre en tu firmamento.
Que tu aliento caiga sobre mí,
como el rocío de la madrugada.*



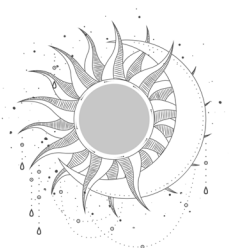
35

Rosten

Minnana se levantó de la cama, desnuda, y yo la seguí con la mirada. Por los dioses, qué mujer. Esos ojos, esa sonrisa... las malditas curvas de su cuerpo. Uf, esas curvas. Intentaba no mirarle demasiado las tetas porque no quería parecer un baboso, pero cuando la tenía delante, mis ojos se movían solos hacia ellas. Empezaba a pensar que estaba obsesionado. Hasta cuando iba vestida podía intuir la delicia que había debajo, y eso me hacía salivar como un perro hambriento.

—Hoy no te vas a quedar a dormir —me dijo, poniéndose una bata de seda sobre los hombros.

La tela me tapó las increíbles vistas de su cuerpo, y no tuve más remedio que subir la mirada. Sin embargo, antes de llegar a su rostro, me detuve en las heridas que tenía en el cuello. Sabía que el culpable de ese dolor era Silas, y eso hacía que quisiera romperle la cara a puñetazos. Estaba seguro de que en una pelea cuerpo a cuerpo podía ganarle. De hecho, si me lo proponía, incluso podía ganar a un oso. No había tenido la oportunidad de demostrarlo, pero si Minnana me lo pedía, me plantaría en el bosque y me abalanzaría sobre uno.



Tras cuatro días de camino, abandonamos el bosque y llegamos a Xilo. La ciudad se encontraba sobre una alta meseta, y decían de ella que era una de las más frías de todo Rieva, que no cualquiera sobrevivía a sus inviernos. Sin embargo, eso no había sido impedimento para que los sureños la conquistaran.

Los estandartes con el sol de Hashkin ondeaban con orgullo sobre los tejados, atemorizando a unos ciudadanos que caminaban cabizbajos, con heridas en el cuerpo y en el corazón porque los invasores se lo habían arrebatado todo. Había niños hambrientos pidiendo comida en las calles, cadáveres de ajusticiados aún pudriéndose en las plazas. Xilo siempre había sido famosa por sus mercados, por la calidad de sus manufacturas, pero en el aire no olía a pan ni a cuero, sino a sangre y a muerte, al dolor de la guerra.

«¿Sabes lo que está ocurriendo en tu reino mientras estás aquí, jugando a ser reina? —me había preguntado Lume—. Que los norteños se están muriendo».

Aunque había visto la destrucción de Daris, y también las calles de Jata, comprobar cómo sangraba mi país me dolió en lo más hondo del pecho. Sabía que no era del todo justo, pero me sentía culpable de su sufrimiento. ¿Por qué había permanecido escondida tanto tiempo? ¿Por qué no había luchado por ellos, como ha-

bía hecho Minnana? Estaba esforzándome por acabar con nuestros enemigos, pero de alguna forma sentía que no era suficiente; que, cuando lo consiguiera, sería demasiado tarde.

Estar pensando constantemente en besar a Silas tampoco ayudaba.

—Esto es lo que provocas a tu paso —le dije, rabiosa, mientras avanzábamos por las calles de Xilo—. ¿Te sientes orgulloso?

—¿Acaso crees que solo vosotros habéis sufrido las consecuencias de una guerra que lleva más de mil ciclos de luz asolando nuestras tierras? —replicó él—. ¿De verdad piensas que los nortños no habéis causado muerte y dolor en Ilta?

—Puede que sí, pero tras la maldición vivimos un largo periodo de paz que fuiste tú quien rompió.

Él apretó los dientes, y el brillo de sus ojos se volvió letal, peligroso, un incendio que quemaba con solo mirarlo.

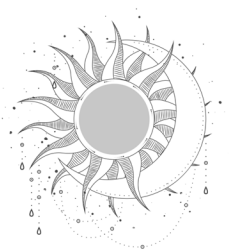
—No tienes ni idea de nada —gruñó.

Pero la tenía, claro que la tenía. Sabía que Silas había decidido atacar el norte para vengar la muerte de su amor perdido, que había soportado un sufrimiento inhumano, pero no podía justificar el odio con más odio, el dolor con más dolor.

Eso no podía decírselo porque me lo había confesado en uno de sus delirios, así que me limité a quedarme callada. Él tampoco insistió. Y, en el silencio, murió la discusión.

Como llegamos al anochecer y estábamos agotados, fuimos directos a la posada de la ciudad. Llevábamos tres días durmiendo en cuevas y refugios, luchando a duras penas contra el frío y la nieve del bosque, así que necesitábamos comida caliente, un baño. No esperábamos tener problemas, pero cuando pedimos una habitación, el posadero nos dio la peor de las noticias:

—Solo nos queda libre una de las pequeñas —nos dijo. Era un hombre anciano, con unas profundas arrugas surcándole el rostro y la mitad de los dientes podridos; un hombre que parecía acostumbrado tanto al ruido como al olor de sus clientes—. Los soldados del sur las han ocupado todas.



Epílogo

El amanecer llegó despacio, como si no se atreviera a romper el silencio húmedo que había dejado la lluvia. Los primeros rayos del sol iluminaron las ruinas del templo de Zawa, cuyas piedras respiraban un vaho tenue, tibio, que se elevaba en hilos finos hacia los techos derruidos de aquel edificio que una vez había sido sagrado.

La luz dorada fue colándose por las grietas con timidez, acariciando las columnas, haciendo brillar las gotas que bajaban por el mármol. Durante unos instantes, las paredes derruidas y las sombras del abandono se transformaron en un refugio: un lugar que, pese a estar roto, sabía cómo acoger el renacer de la mañana.

Sin embargo, en aquel lugar no solo olía a piedra mojada y a tierra, sino también a sangre recién derramada; una sangre plateada que parecía el llanto de una estrella.

Cuando el agua de la lluvia empezó a deslizarse por las pequeñas hendiduras del suelo, encontrando un camino antiguo entre las piedras, el líquido de plata que mancillaba los charcos la acompañó. Ambos siguieron ese cauce con una lentitud ritual, y cuando finalmente llegaron al augar, cayeron en su interior con elegancia, derramándose hacia la oscuridad.

La sangre, ya casi disuelta, descendió como una sombra líquida, perdiéndose en un eco húmedo que resonó en la profundidad sagrada del lugar.

El templo entero permaneció quieto, respirando. Después, una luz intensa y cegadora lo iluminó todo, y hasta el tiempo pareció contener el aliento.

El agua del pozo empezó a hervir sin calor, removida por algo que no era brisa ni movimiento humano. La luz se arremolinó en un torbellino fino, ascendiendo desde las profundidades hacia el mundo mortal. En su centro, una silueta fue tomando forma: primero borrosa, luego nítida, tallada por la propia claridad.

Entonces, emergió ella.

Una mujer surgió del resplandor, naciendo de la oscuridad como acababa de hacerlo el día. Era hermosa, tan hermosa como solo podía serlo una criatura que vivía más allá de la mortalidad. Tenía la piel oscura, pero reflejaba la luz como si cada uno de sus poros fuera un fragmento de noche pulida. Sus pómulos eran altos; su nariz, recta; sus labios, suaves y llenos; su rostro, esculpido con la devoción sagrada de la oscuridad.

Dio un paso hacia delante, y el templo entero guardó silencio. Llevaba el cuerpo cubierto de lo que parecía un vestido hecho de cristales: fragmentos azules y plateados que se deslizaban sobre su piel como escamas de luz. No era una prenda, era una constelación que formaba parte de su ser, como si se hubiera propuesto demostrar que ella y solo ella podía ser la personificación de la noche. En su frente brillaba una luna, una luna cuya luz palpitaba como un corazón y la reconocía como diosa.

Sus ojos, negros y eternos, observaron el templo con interés. Y ella sonrió.

«Por fin», pensó.

Era extraño volver a sentirse libre. Su mente sabía que había pasado ciento quince ciclos encerrada, sumergida en el odio, pero su cuerpo no lo notaba. No tenía dolor, ni heridas ni cicatrices; nada más que el recuerdo de las estrellas que la habían custodiado.

Se miró las manos, hermosas y perfectas, y supo que había tomado la decisión correcta. Ningún dios había bajado antes al mundo mortal usando su verdadera forma, ya que eso los hacía más vulnerables, pero dejar de lado los recipientes era la única forma de disponer de su magia al completo. Y, para lo que quería hacer, necesitaba ser la diosa más poderosa de todas.

Bajó la vista para observar la sangre plateada que había a sus pies, y su rostro se contrajo en un gesto de rabia.

«Évolet —pensó—. No deberías estar viva».

Había sido la sangre de la sacerdotisa la que la había liberado de su encierro, pero sabía que había sido un mero accidente, un descuido. Si hubiera sido por esa traidora que ni siquiera merecía haber nacido, tanto ella como los demás dioses habrían permanecido encerrados por toda la eternidad.

La diosa cerró los puños, sintiendo no solo la movilidad de sus manos, sino también la ira que le ardía en las venas, pero alguien hizo que saliera del trance.

—Ikaroa.

Un hombre la esperaba, con la espalda apoyada en una de las paredes semiderruidas del templo, convertido en una sombra paciente.

Su presencia no era silenciosa, pero tampoco hacía ruido: era una vibración, un leve cosquilleo en la humedad del aire. La luz del amanecer se reflejaba en sus ojos, unos ojos dorados, ardientes, que parecerían contener el día, y la vida, y el verano al completo. Tenía el rostro afilado, una sonrisa insolente, el pelo largo mezclando mechones negros y dorados. En su frente brillaba un sol que parecía latir, como si bajo la piel tuviera fuego líquido, así que solo podía ser un dios.

Y sabía perfectamente de quién se trataba.

—Hashkin —respondió.

Ikaroa observó las marcas doradas que rodeaban los ojos del dios del día, la forma en la que se encendían cada vez que parpadeaba, y no pudo evitar recordar lo mucho que las había amado.

Había ocurrido milenios atrás, pero ese tiempo no era más que un suspiro para un dios. En su corazón todavía había amor, y rabia, y dolor; el anhelo de una promesa que había acabado en tragedia.

—Es extraño volver a escuchar mi nombre de tus labios —le dijo él.

—Más extraño es verte de frente, y no en mi espalda a punto de clavarme un puñal.

Hashkin sonrió, y la luna que brillaba en la frente de Ikaroa emitió un destello. El poder de la noche se concentró en sus dedos y, aunque su cuerpo no se movió, su mente se preparó para atacar. El dios del día la había traicionado, e Ikaroa no lo había olvidado. Durante siglos habían ardido en el odio, bañando sus reinos con la sangre de la guerra. Ambos habían deseado y temido volver a encontrarse porque sabían que, cuando lo hicieran, uno de los dos acabaría muerto.

—No estoy aquí para matarte —le dijo Hashkin—. Si fuera así, sabes bien que no habrías tenido tiempo ni de hablar.

—Es fascinante comprobar que, incluso cuando nunca has sido capaz de vencerme, sigues siendo un engréido.

Durante unos instantes, ambos dioses permanecieron en silencio, evaluándose. Al igual que Ikaroa, Hashkin estaba usando su verdadera forma. Eso hacía que sus poderes estuvieran igualados en fuerza. Si se enfrentaban en ese momento, el mundo entero acabaría convertido en cenizas.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Ikaroa—. Tenía entendido que estabas usando un recipiente para destruir mi reino.

—Así que, a pesar de tu encierro obligado, has estado pendiente de mí. Tu obsesión conmigo siempre ha sido tan halagadora como preocupante.

Al igual que Hashkin sabía que Idriel había encerrado a Ikaroa en una prisión de estrellas, ella había podido seguir los pasos que el dios del día había dado en aquellos ciento quince ciclos de oscuridad. Ambos habían sido creados a partir del mismo corazón, sus cuerpos alimentados con la misma sangre, por lo que

do un resplandor imposible que anunciaba que un pacto sagrado había sido sellado. Por primera vez en mucho tiempo, los dioses habían dejado de discrepar para empezar a conspirar.

—¿Vendrán los demás? —preguntó el dios del día.

—Por supuesto que sí.

El agua del pozo sagrado, situado tras ellos, comenzó a moverse de nuevo. Ikaroa sonrió. La sangre de Évolet también había liberado a Mekros, a Tanon y a Ninfe, su panteón de lunas, y estos acudían para apoyarla. Juntos, aliados con Hashkin y su panteón de soles, vencerían a sus enemigos.

Porque los dioses eran la luz, la sombra, la muerte y la vida. A los dioses, seres que controlaban las mareas y dictaban el ritmo de las estaciones, no se les podía desafiar.

Y el mundo entero estaba a punto de recordarlo.